

MISA DOMINICAL...
Fiesta del Bautismo del Señor
(Ciclo C)
7 de Enero

La lectura que acabamos de proclamar nos hace remontarnos a las riberas del Jordán. Hoy visitamos espiritualmente las orillas de ese río, que fluye a lo largo de los dos Testamentos bíblicos, para contemplar la gran epifanía de la Trinidad en el día en que Jesús se presenta en el escenario de la historia, precisamente en aquellas aguas, para comenzar su ministerio público.

El arte cristiano personificará ese río con los rasgos de un anciano que asiste asombrado a la visión que se realiza en sus aguas. En efecto, como afirma la liturgia bizantina, en él "se lava el Sol, Cristo". Esa misma liturgia, en la mañana del día de la teofanía o epifanía de Cristo, imagina un diálogo con el río: "Jordán, ¿qué has visto como para turbarte tanto? He visto al Invisible desnudo y me dio un escalofrío. Pues, ¿cómo no estremecerse y no ceder ante él? Los ángeles se estremecieron al verlo, el cielo enloqueció, la tierra tembló, el mar retrocedió con todos los seres visibles e invisibles. Cristo apareció en el Jordán para santificar todas las aguas".

La presencia de la Trinidad en ese acontecimiento está afirmada explícitamente en todas las redacciones evangélicas del episodio... La de San Mateo ofrece también un diálogo entre Jesús y el Bautista. En el centro de la escena destaca la figura de Cristo, el Mesías que realiza en plenitud toda justicia (cf. Mt 3, 15). Él es quien lleva a cumplimiento el proyecto divino de salvación, haciéndose humildemente solidario con los pecadores.

Su humillación voluntaria le obtiene una exaltación admirable: sobre él resuena la voz del Padre que lo proclama: "Mi Hijo predilecto, en quien tengo mis complacencias" (Mt 3, 17). Es una frase que combina en sí misma dos aspectos del mesianismo de Jesús: el davídico, a través de la evocación de un poema real (cf. Sal 2, 7), y el profético, a través de la cita del primer canto del Siervo del Señor (cf. Is 42, 1). Por consiguiente, se tiene la revelación del íntimo vínculo de amor de Jesús con el Padre celestial, así como su investidura mesiánica frente a la humanidad entera.

En la escena irrumpe también el Espíritu Santo bajo forma de "paloma" que "desciende y se posa" sobre Cristo. Se puede recurrir a varias referencias bíblicas para ilustrar esta imagen: a la paloma que indica el fin del diluvio y el inicio de una nueva era (cf. Gn 8, 8-12; 1 P 3, 20.21); a la paloma del Cantar de los cantares, símbolo de la mujer amada (cf. Ct 2, 14; 5, 2; 6, 9); a la paloma que es casi un símbolo de Israel en algunos pasajes del Antiguo Testamento (cf. Os 7, 11; Sal 68, 14). Es significativo un antiguo

comentario judío al pasaje del Génesis (cf. Gn 1, 2) que describe el aletear con ternura materna del Espíritu sobre las aguas iniciales: "El Espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas como una paloma que aletea sobre sus polluelos sin tocarlos" (Talmud, Hagigah 15 a). Sobre Jesús descende, como fuerza de amor sobreabundante, el Espíritu Santo. El Catecismo de la Iglesia Católica, refiriéndose precisamente al bautismo de Jesús enseña: "El espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a posarse sobre Él. De Él manará este Espíritu para toda la humanidad" (n. 536).

Así pues, en el Jordán se halla presente toda la Trinidad para revelar su misterio, autenticar y sostener la misión de Cristo, y para indicar que con Él la historia de la salvación entra en su fase central y definitiva. Esa historia involucra el tiempo y el espacio, las vicisitudes humanas y el orden cósmico, pero en primer lugar implica a las tres Personas divinas¹.

Es necesario que nos acerquemos así al Evangelio. Porque lo primero que quiere hacer Jesús para nosotros es darnos una formación que solidifique nuestra fe cristiana. Es preciso que nosotros fortalezcamos nuestro testimonio no sólo con una espiritualidad exterior, con nuestros actos de devoción, sino con una formación cada vez más competente.

*Al comienzo del nuevo milenio, cuando acaba de finalizar el Gran Jubileo en el que hemos celebrado los dos mil años del nacimiento de Jesús y se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino, resuenan en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a remar mar adentro para pescar: **Duc in altum** (Lc 5,4). Pedro y los primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y echaron las redes. "Y habiéndolo hecho, recogieron una cantidad enorme de peces" (Lc 5,6)².*

Ayer pudimos contemplar, al finalizar la Santa Misa en la solemnidad de la Epifanía, cómo Su Santidad el Papa Juan Pablo II firmaba el documento *Novo Millennio Ineunte*. Con las palabras del primer número he querido comenzar hoy esta reflexión. **Duc in altum** (*Rema mar adentro*). Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión

¹ JUAN PABLO II, *Catechesis*, 12 de abril de 2000, nn. 1-4.

² JUAN PABLO II, *Novo Millennio ineunte*, nº1 (Vaticano, 6 de enero de 2001).

el presente y a abrirnos con confianza al futuro: Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (Hb 13,8).

Es esta la frase que el Santo Padre ha escogido para iniciar esta Carta que tendremos que leer con detenimiento por su extensión y que viene a darnos unas pautas claras. En el punto número 30 podemos leer cuando se nos habla de la santidad cómo el mismo Santo Padre nos recuerda que es necesario aquello que nos dice Pablo cuando escribe a los Tesalonicenses: *Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación* (I Tes 4, 3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos. Y por eso precisamente hoy, en esta fiesta del Bautismo del Señor en la que recordamos cómo también nosotros recibimos las aguas del Bautismo, se nos llama a la perfección de la vida cristiana. Se nos llama en este Tercer Milenio a dar un testimonio claro de la verdad de Dios. Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. Por eso reflexiona el Papa:

Recordar esta verdad elemental, poniéndola como fundamento de la programación pastoral que nos atañe al inicio del nuevo milenio, podría parecer, en un primer momento, algo poco práctico. ¿Acaso se puede "programar" la santidad? ¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral? En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias³.

Cuántas veces, desde estos mismos micrófonos, o cuántas veces vosotros en vuestras lecturas, cuando os acercáis a la vida de los santos, escucháis y se os ofrece el poder imitar sus vidas. El mismo Santo Padre habla de la alegría que ha sentido a lo largo de todos estos años de su Pontificado al beatificar y canonizar a tantos cristianos. Y dice él: "Entre ellos a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida". Es el momento de proponer a todos la palabra del Señor: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*. Nosotros solos muchas veces no podemos. Sentimos cómo nos puede la dificultad del camino, cómo nos cuesta vivir esta perfección. Pero para eso recordamos esta agua con la que hemos sido purificados, este Bautismo de salvación. Para ello es necesario que nos agarremos muy fuerte de la mano de María para exigirnos cada vez más como cristianos. La amistad con el Señor nos tiene que llevar a decirle constantemente que sí, que queremos seguirle, que queremos amarle por encima de todo.

³ JUAN PABLO II, *Novo Millennio ineunte*, nº 31 (Vaticano, 6 de enero de 2001).

Miremos a María. Ella es la primera que con esa dulzura de Madre, con su cariño por cada uno de nosotros, nos empuja para acercarnos al Señor, para vivir en Él.

Hemos de escuchar cómo Él nos renueva y tener siempre en el corazón lo que el Señor nos dice: *Cielo y tierra pasarán. Mis palabras no pasarán.* Escuchemos cómo Jesús nos indica igual que a los apóstoles: ***Duc in altum.*** Confía en Mí. Rema mar adentro. Se nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro. Jesucristo, en María, el mismo ayer, hoy y siempre.

Padre Jorge López Teulón